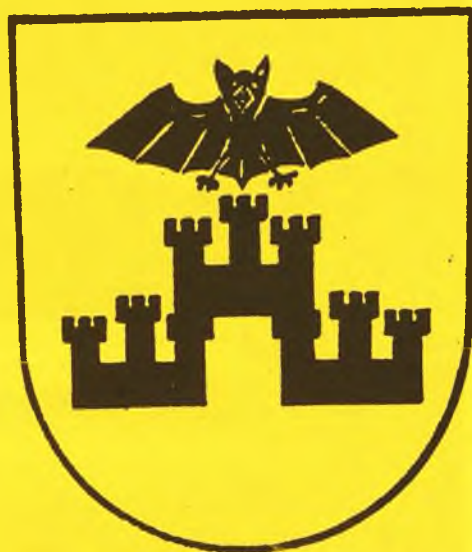


mi  
tu  
lã

CIUDAD



## ALBACETE

En la década de los cincuenta, cuando Azorín calificó a Albacete como “el New York de la Mancha”, la antigua Abula romana, la Al-basit árabe, no pasaba de ser la ciudad de sesenta mil habitantes, presuntuosa en su provincianismo zarzuelero, anárquica en su atalaje arquitectónico y obligado cruce de caminos entre Castilla y Levante. Eran los tiempos —lejanos tiempos, ya— de las polkas domingueras en el Parque de los Mártires, del pueblo llano en alpargatas y caciques en simón oreándose al atardecer —rancia estampa de postal vieja— por el Paseo de José Antonio; eran los días de las calles sin asfaltar y de las farolas de cuatro bujías, del arroje de calabazate y del moteruelo, de la gaseosa de bola, de los fielatos y del estraperlo, de la navaja en la liga, de la jota del Bonillo y del lerelé nacional; eran los tiempos de Montero y de Padres, los toreros de la tierra recorriendo en triunfo los ruedos de España entera, cuando los niños en las escuelas aún recitaban de memorieta aquellos de “Albacete pertenece a Castilla, aunque, históricamente, al reino de Murcia”...

Los tiempos cambian una barbaridad —según proclaman la canción y los políticos—, y hoy, sin haberse desprendido de su peculiar individualidad ni tipismo, Albacete sorprende al visitante por su porte de ciudad moderna, limpia, luminosa y llana hasta desbordar el tópico, variopinta, geométrica en arquitecturas y cosmopolita de tipos y de gentes. No hay aquí piedras milenarias, ni rincones que rezumen historia, ni ancestros patrioterros; por eso, tal vez, no es ruta de renombre en ninguna guía de turismo. Los escasos palacetes de estilo colonial barroco se han desmantelado en aras del funcionalismo, y solamente el Palacio de la Diputación (donde se guardan obras de Carducho, Gilarte y Benlliure), el Pasaje de Lodares y la Catedral gótica renacentista (antigua iglesia de S. Juan Bautista, donde se puede admirar el retablo churrigueresco del altar mayor y un Santo Cristo que se atribuye a Montañés) son los únicos restos de un pasado reciente.



Plaza del Altozano